

***EL ROSARIO DE LA AURORA*, fue el título del artículo que, el ecijano Benito Mas y Prat, publicó el 8 de enero de 1882 en la revista *LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA*.**

**Noviembre 2019
Ramón Freire Gálvez.**

Nunca tendremos mejor mes, que este de Octubre que ha pasado, para hablar del Rosario, dado la trascendencia que desde nuestra ciudad, como hemos comentado en algunos artículos anteriores, tuvo su rezo para el mundo católico.

Y siguiendo con la búsqueda del amplio repertorio que nos dejó Benito Mas y Prat, a través de sus publicaciones en varias revistas españolas de su época, hemos encontrado un titulado ***El Rosario de la Aurora, publicado en 8 de Enero de 1882 en la revista La Ilustración Española y Americana.***

Los que ya peinamos cana, como se dicen de los que somos un poco mayor (nunca viejos), escuchábamos en alguna ocasión que alguien decía "*aquello terminó como el rosario de la aurora*", y es verdad, porque así lo vivieron los cofrades ecijanos del XVIII, concretamente apodados los "caracoleros" y los "mondongueros", pertenecientes a la Hermandad del Rosario y de la Soledad, respectivamente, en una celebración religiosa que tuvo lugar en el Convento de San Pablo y Santo Domingo y del que he dado en cuenta en otros artículos.



Pero más de un conflicto parecido ha ocurrido en muchos rincones de nuestra querida Andalucía, a lo largo de los siglos, pues solo basta acudir a las hemerotecas y podemos comprobarlo.

Para una mejor comprensión de lo que, la frase: "*terminaron como el Rosario de la Aurora*", la misma puede tener origen en el argot popular, y como introducción he rescatado un precioso artículo de Mónica Arrizabalaga, publicado en el *Diario ABC de Sevilla* el 11 de Noviembre de 2014 que, textualmente, decía así:

"El rezo de un rosario de madrugada acabó en tal trifulca en el siglo XVIII que desde entonces parece ser que corre el dicho popular de que «esto va a acabar como el Rosario de la Aurora». «El hecho pasó en más pueblos, pero el sitio donde primero ocurrió fue aquí, en Espera», señala Manuel Garrucho Jurado, director del colegio Antonio Machado de esta localidad gaditana. Los espereños, ironías de la historia, no esperaron a resolver

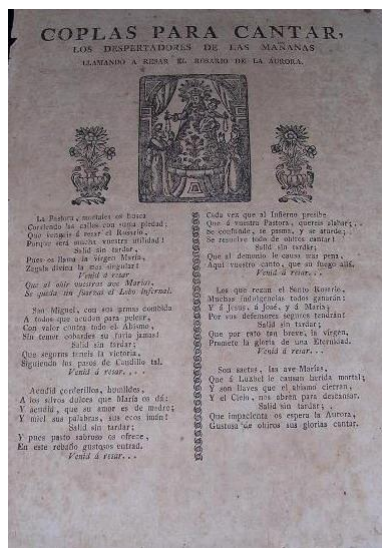
pacíficamente sus diferencias y aquella sonada madrugada perdieron la paciencia y los estribos.

La bronca surgió por la fuerte rivalidad que existía entre las dos hermandades importantes de Espera, la de la Vera Cruz y la de las Ánimas. «Espera era un pueblo muy religioso y había mucha competencia entre las dos hermandades. La localidad, que tendría entonces entre 1.500 y 2.000 habitantes, estaba dividida», señala a ABC este licenciado en Historia y autor de cinco libros sobre la historia local que añade cómo «ya había antecedentes de broncas entre hermandades desde antes de 1773».

De la tensión entre las dos hermandades da cuenta Fray Baltasar de San José, un religioso jerónimo del monasterio de Bornos autor del Retablo de las Ánimas de la Iglesia de Santa María de Gracia de Espera. Según relata Garrucho Jurado, la muerte en 1749 de un vecino de Espera miembro de las dos hermandades estaría en el origen de la bronca posterior. Al entierro de un hermano acudía tradicionalmente la hermandad con su cruz y en éste ambas se disputaban la prioridad. La tensión entre ambas a raíz de este fallecimiento habría estallado después en el rosario de la aurora. A ello habría contribuido también el presbítero Domingo Antonio Pérez, quien «intentó suprimir la hermandad de la Vera Cruz», continúa Garrucho.



El rosario que por aquel entonces celebraban de madrugada ambas hermandades por separado acabó según parece a farolazos. José María Iribarren, académico de la RAE, así lo señala en «El porqué de los dichos»: «En Andalucía dicen: Acabará como el rosario de Espera, pueblo de la provincia de Cádiz, diócesis de Sevilla, en donde suponen acaeció la escena de los farolazos. Es muy posible que el final de los farolazos ocurriese en otros pueblos, si tenemos en cuenta que a la hora de salir el rosario solían andar las rondas de mozos pendencieros por las calles y que hasta fecha reciente eran frecuentes las colisiones por motivos políticos o religiosos».



Garrucho Jurado cree que Iribarren tomó estos datos del «Florilegio o ramillete alfabético de refranes y modismos...» de José Sbarbi (1873), donde se dice que «alude a cierto choque que hubo entre los que acompañaban al rosario que en muchos pueblos, particularmente de Andalucía, se canta y lleva procesionalmente por

las calles los domingos al asomar la aurora; y tanto es así que se cree tuvo mal fin aquella contienda, que muchos suelen añadir al refrán el enunciado "que acabó a farolazos". Otros dicen: Acabará como el rosario de Espera (...) en el cual suponen se verificó aquel funesto desenlace».

La misma versión sostiene el paremiólogo sevillano Luis Montoto en «Un paquete de cartas de modismos, locuciones, frases hechas, proverbiales y familiares» (1888), donde nada se dice tampoco de la historia que señaló Juan Candil, párroco de la Iglesia de Espera a finales de los años 60. Este sacerdote aficionado a la Historia encontró en los archivos diocesanos la nota del fallecimiento del presbítero Juan José Valverde, de 82 años. El religioso murió en 1845 por los golpes recibidos por parte de un buey que se escapó sobre la calle Caraza de Espera (la actual calle Verónica), durante la procesión de la Cofradía del Cristo de la Expiración y Nuestra Señora de la Esperanza y acometió contra varios de los feligreses, según recoge Garrucho Jurado en su artículo «El Rosario de Espera o de la Aurora» publicado en septiembre de 2013 en la web del Ayuntamiento.

A la versión de los bueyes evoca la imagen representada en un azulejo del monolito inaugurado en Espera en 2007, «aunque más parecen miuras que bueyes», añade el director del colegio Antonio Machado de Espera. Sin embargo, el suceso de los bueyes nada tuvo que ver con el origen del dicho, según ha podido comprobar Manuel Garrucho. «El Corrector del disparate» ya recoge la expresión en 1820, un cuarto de siglo antes del incidente por el que falleció Valverde. «¿Hay necesidad de exponernos a que decida la disputa quien no la entiende, o a que se acabara, según dicen, como el rosario de Espera?», señala la revista sevillana y «La Posdata» publicada en Madrid también se refiere a ella en 1843 cuando refiere que «los ayacuchos y los hermanos de la orden mendicante tratan de establecer una compañía de servicios mutuos en la que cada cual pondrá su parte: pero como estas son eterogeneas (sic), la compañía acabará como el rosario de Espera».



Una vez hecha la anterior introducción, me dispongo a reproducir el artículo de nuestro paisano Mas y Prat, sobre:

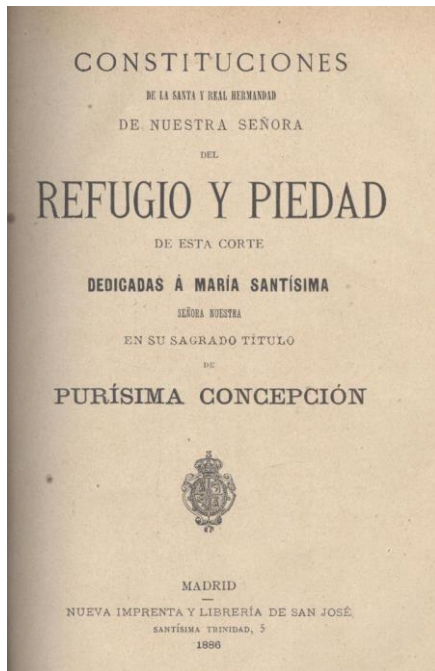
EL ROSARIO DE LA AURORA.

I.

Entre los cuadros de costumbres que me he propuesto copiar a la pluma, Cuéntase la procesión matinal llamada vulgarmente Rosario de la Aurora; práctica religiosa que monopolizó el siglo pasado y que dio origen a varias frases, proverbiales ya entre los desocupados de las gradas de San Felipe el Real de Madrid y los piadosos cofrades de las de la catedral de Sevilla.

El Rosario de la Aurora, que acabó más de una vez a farolazos, según el testimonio de nuestros abuelos, constituyó en otro tiempo una de las más graves ocupaciones de todo fiel cristiano. Las celebradas hermandades de Nuestra Señora del Refugio y Piedad de la Corte, y Cofradía Real Sevillana de Nuestra Señora de la Antigua y Siete Dolores de María, tuvieron el alto honor de contar entre sus afiliados, monarcas, pontífices y grandes señores.

Remontándome a los primeros siglos de nuestra era para encontrar la sanción histórica de estas fiestas procesionales, hallo que, ya en el V, San Mamerto, obispo de Viena, presidía una muy caracterizada, con motivo de los



terremotos que afligieron a su diócesis; y que en el VI, San Gregorio organizaba otra, en la que por vez primera se señaló la *aurora* como hora común de salida de sus *siete trozos* o *rosarios*.

Son dignos de notarse el orden y distribución de los siete trozos de esta antiquísima rogativa matinal, que debía reunirse en un solo punto, después de hacer sus carreras o estaciones. El primer trozo estaba formado por el clero; el segundo, por los abades y sus monjes; el tercero por las abadesas y sus religiosas; el cuarto por los niños; el quinto por hombres legos; el sexto por las viudas; el séptimo por las casadas.

El culto de María es antiquísimo, y el mundo entero se halló propicio para su recibimiento. La Virgen María, como idea, se encuentra en todas las teogonías; así lo afirman los apologistas marianos. Uno de los más celebrados, el piadoso abate Orsini, dice en su *Historia de la Madre de Dios*:

"Recórranse desde el Norte al Mediodía y desde el Poniente a la Aurora las diversas regiones del globo; regístrense los anales religiosos de los pueblos, desde la tierra en que nace el naranjo hasta las montañas abrasadas en que el girasol crece, y se encontrará a la Virgen Madre en el fondo de todas las teogonías".

Comprueba este aserto en el Thibet, y en una parte de la península oriental de la India, el dios Fó, que para salvar a los hombres encarna en el seno de la prometida de un rey; Sching-Mou, la más popular de las diosa chinas, que concibió con el simple contacto de una flor de las aguas; Maha-Mahí, virgen siamesa que da a luz a Buddha, fecundada tan solo por los rayos del sol, y Lao- Tseu, que encarna en el seno de una virgen negra y hermosa como el jaspe.

Grecia y Roma aceptan del mismo modo estas antiquísimas ideas, y nos las transmiten veladas en sus mitologías; por eso, como dice el piadoso escritor a quien seguimos en esta parte, fue tan fácil colocar sobre los altares pontificados de Ceres y Baco a la Virgen de los Racimos; a la Virgen Blanca, que recibió en medio de los viñedos los homenajes de los vendimiadores.

Venus prestó a Nuestra Señora de la Penagia, protectora de Grecia, la pureza de la línea clásica, y el Renacimiento resolvió estéticamente la eterna antinomia de las dos edades precedentes, en un tercer término armónico, exteriorizado en las Madonnas de Rafael, y más tarde, en las Concepciones de Murillo.



Comienza el fervoroso culto en las tumbas de Getsemaní, y continúa sin interrupción en los siglos posteriores. Alfonso IX y Ricardo *Corazón de León* llevan la imagen de María en sus estandartes, y los misteriosos obreros que levantan los gigantescos santuarios *góticos* rezan el Rosario llamado del *picapedrero*, que consiste en esculpir sin interrupción cierto número de hojas de trébol o de encina, en las ojivas o en las arcadas.

Los ebionitas, los docetas, los gnósticos y los traniqueos atacaron la virginidad de María y le negaron el nombre de Madre de Dios; la Reforma recogió estas doctrinas dispersas, y las ofreció después con el libre examen; más a pesar de ello, el culto de la *Mulier luna pulchrior*, de la *Mater vitae*¹, llegó a su mayor altura después de Lutero.

La popularidad de los Rosarios en España data, seguramente, del siglo XVII. Aun cuando en el XIV se instituyó el *Ave María* y en el XV fundó en Sevilla D. Fernando *el de Antequera* una Orden militar bajo la advocación de *Nuestra Señora de la Antigua*, imagen ya célebre en Andalucía en la época de San Fernando, cuyos caballeros estaban obligados a rezar *un rosario del Pater noster y Ave cada día*², lo cierto es que no se tiene noticia de que salieran en cotidiana procesión hasta 1647, o más bien 1690, como parece desprenderse de la siguiente curiosa leyenda, trazada en el muro de la capillita de Gradass³, perteneciente a la antiquísima hermandad que sustituyó, según tradición, a aquella orden caballeresca.

¹ Letanías del Lorero

² Erudito estudio de nuestro amigo Sánchez Miguel, titulado *Nuestra Señora de la Antigua*.

³ Existe todavía en el muro exterior de la catedral de Sevilla esta capillita, punto de partida del más célebre Rosario de la Aurora en Andalucía.

La leyenda dice así:

“Para Mayor Honra, e Gloria de Dios nuestro Señor e de María Santísima de la Antigua, dieron principio a salir en público los dos Rosarios, el de prima noche e el de Madrugada (de la Aurora), en el año de 1690; el de prima noche, en 27 de Agosto; el de madrugada, a 7 de Diciembre; siendo sus fundadores D. Bernardo Liberal, D. Sebastián Santa María e D. Manuel Liberal, *sin aber escaesido* su devoción en ningún tiempo y a los que asistiesen a dichos Rosarios están *consedidas innumerables* indulgencias por los Arzobispos de esta ciudad”.



A contar desde este punto, ya podemos asegurar que el *Rosario de la Aurora* era popular en Sevilla; y no hay riesgo en añadir que más popular que en otras ciudades de España, teniendo en cuenta que el culto de la Madre de Dios, se había impuesto en la patria de la Rioja por

su propia idealidad y poesía.

No como confirmación de este aserto, sino como detalle curioso, citaré aquí la fiesta notabilísima que, en honor de la Inmaculada Concepción, se llevó a cabo a principios del siglo XVII, por el gremio de plateros de Sevilla.⁴

Un romance anónimo de aquella época, que nuestro amigo el Sr. Zapata atribuye a Gil López de Lucenilla, da cuenta, en estilo fácil y delicioso, de la *Máscara* o cabalgata religiosa a que nos referimos y que revistió tales caracteres de suntuosidad y grandeza, que más parece cuento fantástico de las *Mil y una noches* que suceso real y positivo.

El oro, las piedras preciosas, los encajes y los terciopelos; los rasos y las randas de Florencia y Flandes; las plumas y las flores naturales y de arteificio; las gualdrapas de grana y las capas de púrpura, confundidas y mezcladas en visto oleaje, daban al sol y al viento sus colores y sus cambiantes.

He aquí algunos trozos de este curioso escrito:

“Pasaron de dos en dos
 En cuerpo, que cierto llaman
 La universal *atención*
 Por su aire esbelto y sus barbas;
 Su vestido era de raso
 Azul, y con costa tanta

⁴ Relación verdadera de la fiesta y regocijo que esta insigne ciudad de Sevilla hizo a la Inmaculada Concepción, etc., etc., y costosa Máscara que la Platería de ella hizo, con licencia del Conde de Salvatierra; Sevilla 1617.

De guarniciones, que el fondo
Con la vista no se alcanza.
Luego, en los compartimientos
De unos blancos que quedaban,
Una rosa de un diamante
Sobre un velillo de nácar.
Tan lleno de pedrería
Que, para creello, basta
El decir que son plateros
Que las tienen en su casa.

Todos llevan coseletes
Hechos de lucidas telas,
Tan guarnecidos de oro
Que la vista embota y ciega.
Tanto de la rosa en brazo,
Tanto de la calza entera,
Tanta variedad de galas,
Tanta corona y bien puestas,
Tantas joyas de diamantes,
Tanta barba y cabelleras
Sacadas de natural,
Dentro de Lisboa hechas
Lucen, que, para pintarlo,
Pluma superior quisiera.

Hablando del personaje alegórico que presidía la cabalga dice:

La dignidad que mostraba
Era cosa asaz suprema,
Del Pontifical y aderezo
Desde el pie hasta la cabeza,
Alba, que a la misma alba
Con tanta blancura afrenta;
Bordada de canutillo
De oro, plata, seda y perlas,
Iba en un caballo blanco,
Con una gualdrapa puesta,
Realizada de bordadura
Y de terciopelo, ella.
Lleva un rico pectoral
En el pecho, de ocho piedras,
Tal, que solo el Padre Santo
Es digno de aquesta prenda”.

Con la misma minuciosidad y precisión concluye el romancero anónimo su interesante relación de la *Famosa Máscara*.

Bien pudiera creer alguno que tales riquezas existieron tan solo en la imaginación del cantor de la fiesta; pero la afición de los andaluces a las solemnidades brillantes y aparatosas ha pasado ya a proverbio; hoy mismo las procesiones de Semana Santa son en Sevilla tan ostentosas, que con el valor real de los mantos de sus imágenes podría levantarse otra Giralda.

II.

El Rosario de la Aurora, homenaje propio de la *Stella matutina*, comienza en los tiempos de Carlos II, se desarrolla en los de Felipe V, pasa inadvertido en los de Carlos III y llega a su apogeo con los de Carlos IV. Las intrigas de Godoy, las filípicas de Jovellanos, los caprichos de Goya, y los sainetes de Ramón de la Cruz, son su natural adorno y complemento.

Trasladándonos a aquella sociedad *sui generis*, de casaca bordada y calzón corto, de chapín de raso y media de seda, es fácil abarcar los términos del cuadro que voy a *manchar* en Sevilla, por creer las gradas de su catedral más propias que las de San Felipe para servirme de fondo, y los cofrades de *la Antigua* más aptos que los *del Refugio* para tomarlos por modelo.



No extrañarán los contemporáneos de Pepe-Hillo esta predilección mía por determinada hermandad; que era cosa usual y corriente en aquel tiempo arrimar cada cual el ascua a su sardina y poner hachas al santo de su devoción; ángeles por mi ánima si más de una vez los hermanos del rosario de Nuestra Señora de la Paz no rompieron las farolas de el de la Aflicción, o si estos no derramaron sobre aquellos copiosas lágrimas en los callejones.

Hay que advertir que estas escaramuzas salían ser obra del diablo, como lo atestigua el siguiente trovo o aurora antiquísima.⁵

El demonio, como es tan travieso,
Me tiró una piedra, y rompió un farol,
Y salieron los frailes franciscos,

⁵ Trovos y auroras llamaban los devotos del Rosario a estas coplas, compuestas casi siempre por los cofrades llamados campanilleros.

Y los apedrearon por el callejón.

Cuando sonaba el toque del *Ángelus*, cuando las sombras, como escuadrón de brujas traviesas, entraban por las linternas y los rosetones; cuando los murciélagos se daban de cabezadas en los parte-luces de la Gran Torre y comenzaban a recortarse, por oscuro, los pináculos y los arbotantes, solían departir en las gradas de la santa iglesia metropolitana grupos fantásticos de embozados, que se despedían hasta la madrugada, llevando bajo sus capas sendos bultos voluminosos.



Esta extraña escena, que hubiera preocupado a Luis XVI, a la sazón reinante en Francia, tenía sin el menor cuidado al Asistente de Sevilla y a su cristiana municipalidad. Aquellos pacíficos ciudadanos eran los cofrades de la *Aurora*, que recogían sus faroles de mano, adornados de campanillas, papel picado y velas de colores.

Los devotos del *Rosario* del tiempo de Carlos IV se acostaban temprano, como todos los súbditos de la Monarquía, y solo dejaban la manta o la sábana cuando el repiqueteo de los campanilleros de la Hermandad, acompañado de piadosos trovos, venía a turbar su tranquilo sueño y a llamarlos a sus matinales obligaciones.

Estos campanilleros, raza de artistas que, aunque degenerada, existe en nuestros días, tenían la obligación de recordar que era llegada la hora de misa y rosario a los que se hallaban en brazos de Morfeo, siendo tan hábiles en el manejo de la campanilla que solían repicar tres de estas a un tiempo con una sola mano.

El ritmo de sus trovos, que aún podemos estudiar, era un tanto monótono, pero no tenía nada de desagradable; la voz ronca y el tañido vibrante se combinaban a las mil maravillas en el silencio de la noche y a larga distancia, y el efecto producido por el conjunto no carecía de cierto misterio.

Eran los campanilleros gente de rompe y rasga, a propósito para cruzar las calles en aquellas noche del siglo de pan y toros, en que los conatos de luz de las lamparillas de los retablos, hacían más visibles las tinieblas, y en que las rondas y los demandantes del pecado mortal, armados de linternas y farolillos, se perdían como trastos en las estrechas revueltas

Los sucesores de aquellos célebres campanólogos nos han transmitido sus infinitas improvisaciones, levantadas frecuentemente, más por el *espíritu de alcohol* que por el espíritu religioso. En efecto, los dueños de las botillerías del tránsito solían ofrecer al campanillero una caña o un chiquito, así como de pasada, y esta operación, repetida algunas veces entre trovo y trovo, daba grandes vuelos a sus imaginaciones.

Los asuntos de sus coplas eran casi siempre alusivos a la devoción del Rosario, y algunas veces conmemorativos de acontecimientos notables conservados en la memoria del pueblo.

El campanillero se detenía en la puerta del cofrade a la hora de costumbre, *se templaba*, y mientras este lograba ahuyentar el sueño, daba al viento este trovo significativo:

Un devoto, por ir al Rosario
Por una ventana se quiso tirar,
Y le dijo la Virgen María:
Detente devoto, por la puerta sal.

O bien este otro:

A tu puerta están las campanitas,
Ni te llaman ellas ni te llamo yo,
Que te llama la boca de un ángel.
Cuatro jilgueritos y un ruiseñor.

El sello popular ya impreso en estos cantos religiosos, cuya rudeza y candidez delatan su procedencia, el que voy a apuntar tiene alguna semejanza con esta patriótica y graciosa coplilla aragonesa:

La Virgen del Pilar dice
Que no quiere ser francesa, etc.

Héla aquí:

En la puerta de la Macarena
Hay una bandera blanca y *encarná*,
El que quiera sentar plaza en ella
Jesús Nazareno va de capitán.

También solía haber entre los campanilleros tal o cual ingenio sin tundir, que ensayaba su estro trascendental y culteranamente.

Véanse los siguientes trovos:



A la entrada de Santo Domingo,
A mano derecha *repara y verás*
Una palomita que en el pico tiene
Las cincuenta rosas del santo rosal.

Dios te salve, Virgen de la Antigua,
Dios te salve, luna, Dios de salve, *sol*,
Dios te salve, vidriera hermosa,
En ti resplandecen los rayos del *sol*.

Es María la concha,
San José la nave,
El Niño el timón,
Y el Espíritu Santo el piloto
Que dirige esta embarcación.

En el cielo se canta un Rosario
Todas las mañanas al amanecer;
Santiago lleva el estandarte,
Las luces los santos, la cruz San Miguel.

De los trovos conmemorativos podría citar muchos; pero como no tienen otro mérito que el de conservar la efeméride, recordaré uno solo, que refiere de una manera ruda, aunque expresiva y cándida, un acontecimiento muy conocido:

Dice así:

En el día de Todos los Santos,
A las diez del día, hubo un gran temblor,
Y las piedras, rejas y crujías,
Todas retemblaron, y el altar mayor,
Y el Padre que estaba en la misa mayor...
Veinticinco campanitas tiene⁶,
Todas repicaron, menos el reloj.

Otros género de improvisaciones, las satíricas, solían ocupar también el magín de los campanilleros, pero lo grosero de la forma y lo fútil del fondo me hacen relegarlas al olvido.

Los temas obligados de estos trovos satíricos eran, en todo caso, las travesuras del espíritu maligno.

⁶ La Giralda.

El hermano del Rosario saltaba del lecho al primer trovo del campanillero, santiguábase devotamente, y después de hacer luz con ayuda de su fe y de su piedra de chispas, de estornudar, de poner el tacón sobre la pajueta y de mover la gran pantalla del velón de metal de cuatro pábilos, preparaba su farola de mano, que había de encender en la escalera, y tomaba el rosario, la capa y el sombrero de candil, *echándose* a la calle precipitadamente.



Crujían de vez en cuando las vecinas puertas; chirriaban los cerrojos; volteaban las llaves en las cerraduras, y el campanillero seguía impávido su piadosa tarea, parodiando el célebre romance *El Moro y el Cristiano*:

Antes que salga la Aurora
Coronada de Jacintos,
Quiero como general
Y como cauto caudillo,
Visitar mis centinelas,
Por si acaso se han dormido⁷.

Pocos eran los dormidos a la hora del alba en aquellos benditos tiempos en que los saraos y tertulias terminaban al toque de ánimas, y los espectáculos al de oraciones. Levantábanse poco a poco los centinelas del Rosario, y tomaban a buen paso el camino de la capilla de la Antigua, si aún no había sonado la señal de salida, buscándolo, en caso contrario, en su carrera, hacia el postigo del Aceite.

Era de ver como se apiñaba en las gradas de la santa iglesia catedral, aquella multitud, ganosa de indulgencias, llevando cada cual, ya la farola de



mano artísticamente calada, ya el farol de asta limpio y brillante, ya, en fin, las farolas-luceros, reverberos aéreos sujetos a un largo mango y formados por estrellas de cristal cortado, en cuyo centro ardían una o más hachas de cera. Estas estrellas pesaban de tal modo, que eran precisas las fuerzas de un Alcides cristiano para sujetarlas,

según costumbre, sobre el hombro izquierdo con una sola mano.

Vistas aquellas sombras y aquellas luces, que solían resbalar por las gradas, desde la ventana de la plaza de la Giralda, hacían el efecto ampliado de

⁷ Romance popularísimo en Andalucía.

esas hogueras de papel en que se apaga la llama y quedan las chispas movibles, que tanto encantan a los pequeñuelos.

De vez en cuando desaparecían las farolas bajo las capas, y se deslizaba un grupo de sombras por los oscuros escalones; eran los cofrades, que se concertaban para tomar un *chiquito* en alguna botillería conocida, cuyas puertas se entreabrían cautelosamente, como el antro de Trofonio.

Al cabo se organiza el Rosario; un sordo murmullo, parecido al de una esclusa que se abre, anunciaba el momento de la partida. Dividíanse los devotos en dos filas compactas, abriendo la marcha las farolas de mano, y siguiéndoles inmediatamente las de asta y las farolas-luceros. A la cabeza, y entre dos faroles de los más pesados y artísticos, erguía-se la célebre cruz de carey y plata, propia de la hermandad, joya del arte costeada por el noble prelado don Luis Salcedo y Azcona, en 1738. Los campanilleros y los demandantes del pecado mortal, con sus lamparillas cubiertas de pintadas ánimas del purgatorio, solían marchar a la descubierta; cerrando el largo cortejo, el simpecado de tisú de plata bordado de oro, que vino de Génova, conteniendo la imagen de María y rodeado de todo un bosque de farolas colosales.



Como esos ríos cuya corriente comienza murmurando y acaba rugiendo, el Rosario engrosaba sin cesar durante el tránsito, y adquiría poco a poco nuevos rumores. Gracioso motetes, que se cantaban los días de privilegio; trovos de los campanilleros y coplas tristes de los hermanos del pecado mortal, solían turbar de vez en cuando los *ora pro nobis* de los asistentes.

A aquellas altas horas solo a los hombres les era permitido entregarse a tan religiosa expansión. Los rosarios de mujeres, que comenzaron en 1730, y que tuvieron infinitos impugnadores, no fueron permitidos jamás entre las sombras.

El libro titulado *Escuadra Mariana* dedicado a la reina Isabel de Farnesio, en el que el licenciado D. Gaspar Amaya y Lanzarote, intentó probar que estas modernas procesiones podían llevarse a cabo por personas de ambos sexos, como se acostumbraba en las antiguas *Vigilias*, no alcanzó gran valimiento. El erudito capellán de S. M., despertó en vano las opiniones de Máximo y Baronio sobre este punto; los cofrades de la *Aurora* temían demasiado al diablo, que solía romper sus faroles, a pesar de la vigilancia de los frailes franciscos.

Cortábase con frecuencia el fondo de tinieblas, hacía el que avanzaban los cofrades de Nuestra Señora de la Antigua, y solían aparecer en lontananza los faroles del de Santo Domingo, San Andrés o San Nicolás de Bari, que no era

solo el Rosario de Gradas el que cruzaba entonces las calles de Sevilla, ni el único que recabara de Roma indulgencias y privilegios; entonces callaban los *kiries*, se apagaban los *ora pro nobis*, apresurábase el paso, enarbolándose los mangos de los faroles; un sordo murmullo, semejante al vocerío de un ejército que se apresta, recorría las apretadas filas de devotos, y quedaban cruces y sin-pecados frente a frente.



sochantres.

Cada congregación se abrogaba el derecho de que la otra retrocediera o se replegara, dejándole el paso libre; ambas se empeñaban en avanzar a un tiempo; defendíase el absurdo físico de que dos cuerpos pueden ocupar a la vez un mismo punto del espacio; y como la ley natural había de cumplirse, chocaban al cabo cuerpos contra cuerpos y faroles contra faroles; encontrándose desesperadamente las campanillas y los piporros; saltaban los vidrios, apagábanse las hachas de cera, plegábanse los pendones y se dejaban oír fuera de tono voces de tiples y de

Los perezosos vecinos del tránsito solían despertar al rumor estrepitoso del encuentro, incorporándose en sus lechos y abriendo las pesadas maderas de las ventanas; pero luego que las brumas de sus cerebros se disipaban al contacto del viento de la madrugada, o que sus oídos torpes se daban cuenta de la causa de la escaramuza noctívaga, cerraban tranquilamente el ventanillo, o volvían a tomar la horizontal, después de mullir la caliente almohada y exclamar entre bostezos:

¡Bah, si es el Rosario de la Aurora!...

Acontecía, tal vez, que el estruendo de la *conjunción* apareciese la ronda de la municipalidad terciando en el debate a linternazos; mas esto solo era un detalla insignificante y pasajero; a los pocos minutos las huestes dispersas volvían a agruparse como la materia cósmica a influjo de una de las leyes de Newton y seguía su curso la procesión.

No era este el único origen de los proverbiales farolazos; la mayor o menor habilidad de los respectivos campanilleros, la facultad milagrosa de cada cual de las imágenes y la religiosidad comparada de los hermanos mayores, solían ser motivo de pendencia individual y colectivamente. Aun hoy se conservan esos pruritos de antaño. En nuestras hermandades y cofradías suele disputarse el paso acaloradamente; creen a sus respectivas *abogadas* superiores a las de sus cofrades de otra advocación, y son capaces de luchar cuerpo a cuerpo por defender su superioridad jerárquica.

Una curiosa leyenda disculpa estas arraigadas preocupaciones:

A la hora del alba de un hermoso día de primavera del año de gracia de mil seiscientos y tantos, un primogénito de la casa de Medina Sidonia, reunía sus ojeadores y sus lebreles, y se disponía a tomar el campo, por una de las antiguas puertas de la ciudad, con objeto de darse al más noble de los ejercicios.

Golpeaban los ferrados cascos de los corceles las piedras desiguales, levantando miríada de chispas, ladraban los galgos de largo hocico, como si olfatearan la presa y resonaba, de vez en cuando, el chasquido del látigo de los acosadores.



El noble Duque, impaciente por ganar el llano, fustigaba la oreja del cariñoso lebel, o clavaba la espuela en los ijares de su alazán, que era seguido difícilmente por la revoltosa trailla.

Daba ya vista a un antiguo monasterio situado cerca de las afueras, cuando hubo de salirle al paso una larga procesión de postulantes y frailes dominicos, cuyos pendones y escapularios espantaron a los corceles, incitaron a la jauría, e hicieron destocarse a la servidumbre.

Irritado el voluntarioso caballero por aquel obstáculo y tentado sin duda de Satanás, no quiso detenerse ni volver grupas; antes bien, dando a sus servidores ejemplo, rompió por entre las religiosas filas, abriéndose ancha calle sin parar mientes en suplicas ni en lamentaciones.

Cosa extraña; al tocar la orla del pendón de la Orden, que el portandarte había tendido en el suelo, como si tratara de levantar un muro invisible, encabritóse el brioso corcel, quedó inmóvil un punto cual si se hubiese petrificado, y se resistió al látigo y a la espuela. En vano el colérico joven azotó su cuello carnosos y clavó en el ijar toda la espuela; en vano le alentó con una de sus favoritas imprecaciones; tocando el pretal con el bello espumoso, dio con el de Medina Sidonia en tierra, dejándole ensangrentado y maltrecho.



Un grito de horror escapó de las bocas de aquella asombrada muchedumbre; frailes, postulantes, canes y ojeadores se agruparon y confundieron en indescriptible avalancha.

Satanás hacía de las suyas. El sano de Israel, abriendo su mano dejaba en el despeñadero al impío.

Pocos momentos después el cuerpo ensangrentado del audaz mancebo, envuelto en aquel pendón que había podido servirle de alfombra, era conducido a su casa solariega en hombros de los mismos padres

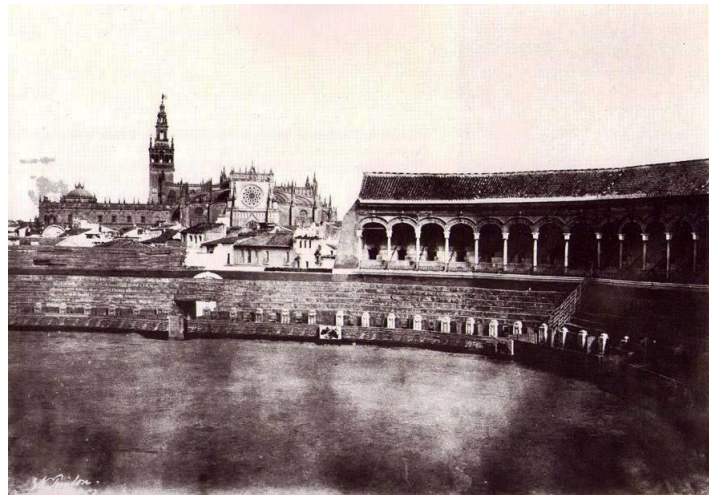
dominicos.

El diablo se hubiera guardado muy bien de tocar a uno solo de los pliegues de aquella santa mortaja.

III.

Luego que el Rosario recorría su habitual estación, y antes de que el sol se mostrara del todo en el horizonte, los cofrades de la Aurora asistían a la misa primera, que tenía lugar en sus respectivas capillas, dando así grato término al religioso viaje.

Ya las madrugadoras hijas de Andalucía, luciendo sus guardapiés menudos y sus trajes de medio paso, salían de los *nidos* alegremente. Comenzaban a correr, entre los desocupados que se detenían a las puertas del templo, las noticias del día, y se mostraban a toda luz los carteles de toros y las convocatorias de las hermandades. Pronto de las gradas de la catedral se trasladaba el *mentidero* a los escalones del célebre Baratillo; así se comentaban los sucesos de la noche, se discutía acaloradamente acerca de las verónicas y de las estocadas, y si, por dicha, era mañana de fiesta, se concertada la silba del Corral de Comedias o la *matraca* que había de darse a los lidiadores.



No entra en mi propósito referir todas las peripecias a que solía dar lugar el célebre Rosario. Las plumas y lápices de nuestros artistas han hallado y hallan en él sabrosos motivos y cáusticas inspiraciones.

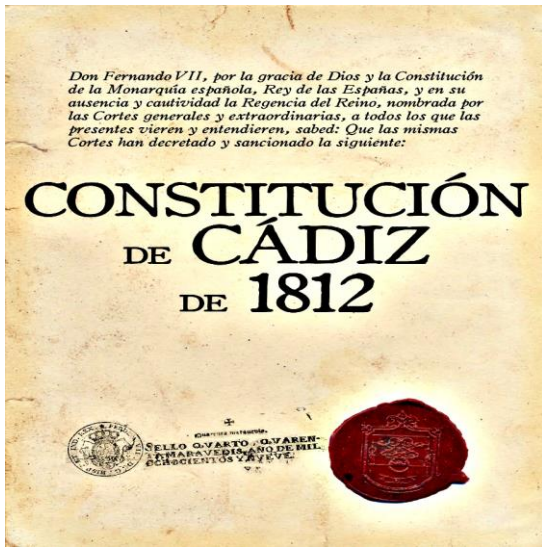
Encarnación de una época, síntesis de la vida antinómica del siglo pasado, guardaba los antiguos ideales y las inquietudes modernas. Cuando España tuvo que sufrir la doble invasión de las huestes y de las ideas francesas, languidieron los bríos religiosos de sus cofrades y se apagaron sus farolas y sus estrellas; en cambio se empuñaron las armas y se encendieron las antorchas patrias que arden aún en nuestros pechos.

Era el 2 de Mayo de 1808.

Pocos años después de terminada la guerra de la Independencia, se procuró restablecer el clásico Rosario; pero aunque se consiguió en algunos pueblos de España, perdió sus lineamientos primitivos. La impiedad volteriana había hecho incalculables progresos, y los campanilleros dejaban oír en vano sus piadosos trovos a la puerta de aquellos graves varones, dormidos, al arrullo

de las *Confesiones* de Juan Jacobo Rousseau, y de los artículos de la Constitución del año doce.

Nuevos sueños y nuevas aspiraciones venían a colocar las auroras del siglo de las luces; encendíanse los reverberos y las polémicas; se cerraban los conventos de frailes y se abrían las logias y las academias; la Edad moderna, en fin, con sus antinomias y sus esplendores, se nos entraba por el Pirineo, sin que nos fuera dable cerrarle la puerta.



En esta época comienzan a desaparecer aquellas congregaciones que la invasión había herido de muerte; la de Nuestra Señora de la Antigua pierde hasta su libro de Actas, y queda confinada a tan estrecho espacio, que

acaba por olvidar sus cotidianas estaciones.

El diablo, en vez de piedras, arrojaba libros y teorías desde el corazón de Francia.

No me ha sido posible adquirir ni una sola nota de fundación, ni una sola acta capitular referente al célebre Rosario de la Antigua; pero si ofreceré, para terminar mi tarea, el curioso inventario que de los efectos pertenecientes a la congregación se hizo en el año de 1850.

Este documento, notable por más de un concepto, dice así:

Inventario de los efectos que existen y pertenecen a la congregación del Rosario de Nuestra Señora de la Antigua, sita en las gradas de la santa iglesia catedral de Sevilla.

A SABER:

Un sim-pecado de gala, con vara y once cañones de plata para dicha vara, y dos casquillos y cruz, también de plata.

Un sim-pecado de diario, con once cañones, también de plata.

Una demanda de plata, con inscripción.

Otra ídem de metal amarillo.

Una cruz de gala, embutida con carey y vestida de plata y sobrepuesta de metal dorado; sus cañones, el inri y una pieza sobre los cañones.

Dos cruces de diario; una figurando la Giralda.

Una linterna, demanda para la calle, y tres cuadros de indulgencias.

Treinta y cuatro farolas altas y bajas.

Cuatro ídem de diario.

Dos frontales, un mantel, dos bancos, una mesa, una lámpara, cuatro candelabros, ocho mecheros, una bandeja, tres perchas y dos cinturones.

Un velo para cubrir los sim-pecados.

Una campanilla y un farol para el campanillero.

Tres planchas de estampas, y dos motetes encuadernados.

Una imagen de Nuestra Señora de la Antigua, de tres cuartas de alto, sobre plancha de cobre, que está colocada en la puerta de la capilla.

Cepillo y farol para la misma.

Una cruz de madera, *dos bancas para las farolas altas* y tres fundas para las cruces.

Un arca de hierro con tres llaves.

Dos juegos de llaves para la capilla.

Cuando visité la capillita de Gradass con objeto de copiar la leyenda mural que transcribo en la primera parte de este estudio, un viejo santero, encargado de la compostura y custodia del pequeño adoratorio, me señalaba, con su dedo rugoso, ya el descolorido sin-pecado de tela azul que llevara el beato Fray Diego de Cádiz, ya el pobre altarillo adornado con *rosas del tiempo* y lazos de colores. Subido luego en su escalera de mano, y ocupado en atizar lámparas y limpiar faroles, me miraba tomar apuntes, haciendo graciosas muecas; creía habérselas con un inglés o con un loco.



¡Oiga buen amigo!, le dije, recordando las notas de los papeles de Alonso Carillo, que había ojeado en la Colombina; ¿qué fue de aquellas famosas colgaduras que debieron servir para la fiesta del 14 de junio de 1738?...

Señor, respondió el viejecillo dilatando sus labios maliciosamente, los hermanos son así... ¡Desde 1873 no he vuelto a sacudirle el polvo!

BENITO MAS Y PRAT."

Hasta aquí esta bellísima semblanza del Rosario de la Aurora, que nuestro paisano Mas y Prat, culto conocedor de las tradiciones andaluzas, nos dejó en este magnífico artículo, que más de ciento treinta años después de su publicación, he recuperado, no solo para mi propia lectura y conocimiento, sino como siempre, compartirlo con todo aquel que lo quiera hacer, máxime en esta tierra nuestra donde tanta devoción despertó el rezo del Santo Rosario, por iniciativa del Padre Peralta y que, todavía hoy, y ojalá por mucho tiempo, se lleva a cabo diario en las misas que se celebran en nuestras parroquias e iglesias, así como en los conventos ecijanos que nos van quedando.